

ficción, en opinión de Molinuevo, pertenece ya al pasado, no nos identifica en cuanto tal y ha dejado de ser la advertencia presente de un futuro distópico.

Así pues resulta relevante recordar la distinción que Molinuevo introduce casi al comienzo del libro entre dos tipos de ciberespacio: el neobarroco del ciberpunk, de ideología tecnorromántica y post-humanista, y el “espacio de flujos informacional” según denominación de Castells o “tercer entorno” de Echevarría, de ideología ilustrada y humanista. Es en éste en donde se encuentran las posibilidades de desarrollo de un humanismo tecnológico, que, en opinión del autor, se actualizan día a día en actividades hoy tan familiares como la coexistencia de usuarios en la red -virtual sí, pero no ajena al espacio físico y ni al “tiempo real”-, o como la del joven que *es*, justamente, cuando envía un sms.

La vida en tiempo real se integra, en definitiva, con lo virtual en un uno que trasciende los futuros apocalípticos de la ciencia ficción, que no separa el cuerpo del alma, lo real de lo virtual, ni al “elegido” de la masa. De ahí que la propuesta del libro se termine materializando en una relectura de Schiller, en la que ya no hay futuros distópicos, ni héroes, sino una humilde *ciudadanía estética* que, con responsabilidad, trabaja para integrar sin fisuras lo real y lo virtual gracias a aquel *impulso de juego* que, como decía Schiller “se encaminará a suprimir el tiempo *en el tiempo*, a conciliar el devenir con el ser absoluto, la variación con la identidad”.

Un libro, en suma, recomendable para jóvenes y mayores, para los que están dentro y fuera de la brecha digital, pero sobre todo para los tecnofóbicos de la postmodernidad que tal vez puedan encontrar en él una argumentación más que convincente para replantear de nuevo sus opiniones.

Nigel Dennis: *Ramón Gaya de viva voz. Entrevistas (1977-1998)*,

Pretextos, Valencia, 2007.

Inmaculada Murcia Serrano

Hace dos años que falleció el pintor y ensayista murciano Ramón Gaya, uno de esos artistas para minorías que, después de legar una copiosa obra pictórica y una heterodoxa producción ensayística sobre estética, todavía se resiste a suscitar el interés que merece. Existe un círculo de incondicionados seguidores de Ramón Gaya que, de

vez en cuando, se dejan caer con artículos y reseñas de su obra, pero el público español en general desconoce en gran medida sus sabrosas páginas sobre pintura o su delicado pincel. En lo que respecta a la industria editorial española ha sido desde luego Pretextos la que ha mostrado mayor disposición por mantener viva la herencia de Gaya, y ha sido labor suya recopilar por ejemplo la *Obra completa* del autor. Dentro de este mismo proyecto editorial enfocado a difundir su legado, Pretextos nos regala ahora, de la mano de Nigel Dennis, una recopilación de entrevistas, realizadas por diversos medios de comunicación, que abarcan aproximadamente los veinte últimos años de su vida.

La antología nos acerca a un Ramón Gaya que, efectivamente, habla “a viva voz”, pero que no logra deshacerse de ese aura de lejanía (por muy cercana que a veces parezca estar) que a tantos ha conducido a describirle, convirtiéndolo en lugar común, como un pájaro solitario. En estas entrevistas sale a la luz el Ramón Gaya polémico y heterodoxo, que arremete sin tapujos contra las vanguardias, los muralistas mexicanos, el arte político y comprometido, etc. Pero también encontramos al hombre Ramón, que cuenta por primera vez, en la larguísima entrevista concedida a Elena Aub, los trágicos avatares –campos de concentración incluidos- que él y su familia sufrieron durante la guerra civil española.

En cierto modo este libro lleva a fin el proyecto nunca acabo de Ramón Gaya de escribir bajo el título *La vida entrecortada* sus memorias. Unas memorias que, finalmente, no son sólo biográficas sino intelectuales, y que explican, por ejemplo, el origen de algunos de sus planteamientos estéticos más originales: sus reparos ante la artificialidad de la crítica, su distanciamiento de las vanguardias, el significado de la expresión “sentimiento de la pintura”, su inclinación por Velázquez, el verdadero pájaro solitario, etc. Reviste especial interés la narración de los años que residió como exiliado en México y que Gaya interpretó siempre como un exilio de la Pintura. Retraído en soledad, es allí donde comienza sus Homenajes a los pintores de la historia, sus primeros ensayos importantes sobre la esencia de lo pictórico avivados, sin duda, por las controversias protagonizadas con Diego Rivera y por su cada vez más acuciante necesidad de regresar a Europa, cuna de la pintura. Leer este libro en paralelo con su *Diario de un pintor*, por ejemplo, se traduce en una aventura viajera e intelectual, contada en primera persona, y redactada a través de una prosa depurada y elegante en la que las bellas sinestesias sortean el obstáculo que opone al escritor verbalizar la experiencia estética. No por casualidad, muchos de los lectores de Gaya coinciden en afirmar que nadie como él enseña a mirar la pintura.

Ramón Gaya aparece contextualizado, aunque no sin reservas, en las generaciones del 27, con cuyos miembros se codeó en mayor o menor concordia y con los que compartió, en este caso sin ambages, el padrinazgo de Juan Ramón. En este libro encontramos un testimonio de valor incalculable sobre la labor ejercida en la República por las Misiones Pedagógicas, cuyo museo ambulante, seleccionado por Cossío, fue realizado en colaboración precisamente por Ramón Gaya, Juan Bonafé y Eduardo Vicente. Más allá de avatares personales, el libro ofrece casi un recorrido por la historia española reciente y sobre todo por la experiencia humana y profesional de los intelectuales exiliados. La única objeción que cabría aducir es la inevitable repetición de algunas preguntas y respuestas, causada por la disparidad de periodistas y medios, sin contacto entre sí, que parecen, sin embargo, haberse puesto de acuerdo a la hora de seleccionar el inventario de las preguntas. Paradójicamente, la única conversación que escapa a este problema -la realizada por Elena Aub-, nunca fue publicada en prensa, lo cual la convierte, por eso mismo, en el testimonio más valioso de esta recopilación.

**Jacinto Choza y Jesús de Garay, *Danza de Oriente y danza de Occidente*,
Thémata, Sevilla, 2006.
Félix Lorente Herce**

Prácticamente desde su origen mismo, las universidades han acogido e incorporado las artes en sus programas de estudios de manera paulatina, comenzando por las artes literarias, integradas en las facultades casi desde su fundación en la Antigüedad Clásica, continuando con la arquitectura y las bellas artes posteriormente y completando el proceso, ya en el siglo XX, con la integración de los conservatorios de música y danza en el propio ámbito universitario.

Esta nueva condición de la danza como objeto de estudio universitario ha supuesto el incremento de la demanda de erudición histórica y reflexión intelectual, tradicionalmente débil en lo que a este arte se refiere, por parte de docentes, estudiantes y profesionales; y en forma de respuesta a este reclamo se presenta el libro que aquí se reseña, resultado de las ediciones 5ª y 6ª del Seminario de las Tres Culturas que la